

03/2020

29 de enero de 2020

María Luisa Pastor Gómez

Las maras centroamericanas, un
problema de casi tres décadas

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

Las maras centroamericanas, un problema de casi tres décadas

Resumen:

El fenómeno de las maras que nació en California en los años 80 y se exportó a Centroamérica tras las deportaciones de EE. UU. de los años 90 sigue vigente, particularmente en El Salvador, Honduras y Guatemala, sin que ninguno de los planes puestos en marcha para su erradicación haya dado resultado. El alto grado de violencia y las elevadas tasas de homicidios son los causantes de muchos de los desplazamientos forzados que los ciudadanos tienen que realizar huyendo de las maras, por lo que urge que los Estados incrementen la seguridad y desarrollen planes de reinserción para los pandilleros que deciden abandonar la vida delictiva.

Palabras clave:

Maras, Triángulo Norte, EE. UU., El Salvador, violencia, homicidios.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Análisis** son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

The Central American gangs, a problem of almost three decades

Abstract:

The gangs that born in California (USA) in the 80s and grew up in Central America after the US deportations of the 90s are still in force, particularly in El Salvador, Honduras and Guatemala, in spite of the official plans implemented for its eradication. The high degree of violence and homicide rates are at the back of many of the forced displacements that citizens must make running away from the gangs. Therefore, it is urgent that the states increase security and develop reintegration plans for gang members that wish to give up the criminal life.

Keywords:

Gangs, North Triangle, USA, El Salvador, violence, homicides.

Cómo citar este documento:

PASTOR GÓMEZ, María Luisa. *Las maras centroamericanas, un problema de casi tres décadas*. Documento de Análisis IEEE 03/2020. [enlace web IEEE](#) y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

«Uno de niño hace cosas que no tiene que hacer,
pero cuando se hace adulto y tiene hijos,
la mente madura y eso que hiciste ya no querés hacerlo.
Todo ser humano tiene derecho a cambiar,
no toda la vida va a andar haciendo cosas ilícitas»¹

Introducción

En las últimas décadas, la historia de Centroamérica ha estado marcada por la violencia, llegando a alcanzar una de las tasas de homicidio y criminalidad más altas del mundo. Según el último informe sobre homicidios publicado por la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC)², en América, con solo el 13 % de la población mundial, se registró el 42 % de todas las víctimas del mundo.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) estima que cuando en un país la tasa de homicidios por cada 100 000 habitantes es mayor de 10 personas se vive una verdadera epidemia de homicidios. A excepción de Costa Rica y Nicaragua, el resto de las naciones centroamericanas vive tal epidemia debido a que sobrepasan con creces ese rango, particularmente las tres del denominado Triángulo Norte —El Salvador, Honduras y Guatemala—, siendo especialmente altas las tasas de El Salvador, de 62,1 por cada 100 000 en 2017, aunque en los últimos meses ha descendido a 30, seguido de Honduras, de 41,7³.

Estos países han pasado de la violencia política de la época de las guerras civiles en los años 80, a la violencia de la posguerra, ahora de carácter social, marcada por el surgimiento de nuevos y peligrosos actores, como son las pandillas o maras⁴ y el crimen organizado. Se trata de delincuentes y criminales cuyos fines no son ideológicos y/o políticos, sino particulares o grupales, sobre todo económicos, en el caso del crimen organizado, e identitarios y sociales en el caso de las pandillas o maras. Esta nueva delincuencia se ha ido extendiendo como un cáncer por toda esta área hasta convertirla en una de las zonas más inseguras del mundo y constituye la raíz de los múltiples

¹ Palabras del portavoz de una mara durante una entrevista al periódico digital *El Faro*.

² UNODC *Global Study on Homicide 2019*. Disponible en: <https://www.unodc.org/unodc/en/data-and-analysis/global-study-on-homicide.html>

³ Ibidem

⁴ El nombre de «mara» procede de «marabunta», término que a raíz de la película *Cuando ruge la marabunta* pasó a formar parte del argot juvenil de los salvadoreños en California, por lo que se volvió un símbolo importante de identidad.

desplazamientos tanto internos —71 500 en El Salvador entre 2006 y 2016, y 174 000 en Honduras entre 2004 y 2014— como externos que se han producido en la última década, por parte de una población cuya única salida en muchos casos es la huida.

La violencia afecta indiscutiblemente a los tres países del Triángulo Norte, aunque no todos sufren los mismos problemas por igual, sino que existen matices. Guatemala tiene «una economía creciente y el país se encuentra menos afectado por el fenómeno de las maras, aunque tiene más crimen organizado, su Estado es más débil, existe más corrupción entre la clase política y los militares y policías están más penetrados por el crimen. Honduras se encuentra severamente afectada tanto por las maras como por el crimen organizado y tiene penetración criminal en policías y militares. El Salvador tiene menos problema político y hay poca penetración criminal en las instituciones de seguridad, pero a cambio, es el país donde se encuentra el problema más grave de maras y el que tiene más difícil el desarrollo de su economía»⁵.

En ese sentido, el contenido de este artículo estará más centrado en la problemática que afecta a El Salvador, aunque prácticamente todo lo que se expone sobre las pandillas de este país es aplicable a Honduras y Guatemala, tanto en su origen como en su posterior evolución. Pero veamos cómo surgió y se propagó este fenómeno.

Conociendo a las maras

El origen

En Centroamérica existían pandillas callejeras antes de las guerras civiles, pero el fenómeno de las maras tal y como se entiende en nuestros días nació en los años 80 en Los Ángeles (EE. UU.), ciudad por entonces conocida como la meca de las pandillas que se convirtió en el destino preferido de muchas familias del Triángulo Norte que huían de la guerra y de las amenazas de grupos paramilitares. Aunque los conflictos civiles de Centroamérica cesaron de manera formal tras la firma de los acuerdos de paz de los años 90, la incertidumbre política y económica continuó azotando la región, al igual que la migración hacia el norte, a donde muchos individuos siguieron llegando de forma ilegal.

⁵ VILLALOBOS, Joaquín, “Los muros del Triángulo Norte”, *Revista NEXOS*, 1 agosto 2019. Disponible en: <https://www.nexos.com.mx/?p=43589>

Entre 1980 y 1990, la población inmigrante centroamericana en los Estados Unidos se triplicó y, en ese contexto migratorio, sus hijos sufrieron exclusión social e incluso violencia étnica. Para defenderse, esa diáspora se unió primero a las pandillas chicanas, de las que extrajeron muchos conocimientos; y posteriormente formó sus propias agrupaciones en Los Ángeles, siendo las más relevantes la Mara Salvatrucha (MS13) y la pandilla Barrio-18 (la 18th Street Gang), en referencia a la calle donde nació.

En los años 90 del siglo pasado, EE. UU. comenzó a percibir a los inmigrantes como potenciales amenazas para la seguridad nacional y puso en marcha una política de deportaciones masivas. En 1996, se promulgó la Ley de Reforma de la Inmigración Ilegal y Responsabilidad de los Inmigrantes de 1996 (IIRIRA, por sus siglas en inglés), que contribuyó de modo notable a la criminalización de los inmigrantes y a incrementar el número de expulsiones con la introducción de diversos mecanismos legales. Como resultado, se calcula que EE. UU. deportó entre 1998 y 2005 a los países del Triángulo Norte alrededor de 46 000 pandilleros, a los cuales se les sumaron unos 200 000 deportados comunes⁶.

Los retornados reprodujeron en El Salvador, Guatemala y Honduras el modo de actuación que habían aprendido en las peligrosas calles y en los centros de reclusión de Los Ángeles. Rápidamente se les sumaron otros jóvenes en los países receptores que ya estaban asociados a pandillas callejeras y se produjo una hibridación de las pandillas ya existentes como la mara Mao Mao, Chancleta, Gallo o Morazán, en el caso concreto de El Salvador, con los rasgos que aportaron las maras de corte californiano, todo ello posibilitado por el legado de violencia que habían dejado las guerras.

Las deportaciones tuvieron lugar en un momento de especial debilidad de los pequeños Estados del istmo centroamericano, por entonces se encontraban en proceso de transformación para adaptarse a la nueva realidad de la posguerra y cumplir con los Acuerdos de Paz. Estos últimos exigían, entre otras medidas, la democratización de las instituciones y la creación de una nueva policía civil que se estaba gestando y que todavía no había tenido tiempo de entrar en efectividad. Esta situación creó un vacío de autoridad que fue hábilmente utilizado por los pandilleros retornados, quienes se

⁶ IZCARA PALACIOS, Simón Pedro, ANDRADE RUBIO, Karla Lorena “Causas e impactos de la deportación de migrantes centroamericanos de Estados Unidos a México”, *Estudios fronterizos*, vol. 16 no.31 Mexicali ene./jun. 2015. Disponible en:

http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-69612015000100010

transformaron en un fenómeno tribal masivo de carácter antropológico que poco a poco se fue extendiendo por todo el Triángulo Norte y que, desde entonces, mantiene subyugada y atemorizada a una gran parte de la población. Como señala Oscar Martínez sobre la MS13 en el prólogo del libro del antropólogo Martínez D’aubuisson⁷, «la Mara Salvatrucha es la historia del fracaso de unos países que no supieron qué hacer con unos muchachos que no sabían qué hacer con sus vidas».

El ingreso en las pandillas

El fenómeno de las maras es esencialmente urbano y prolifera sobre todo en barrios pobres y marginales, donde hay poca vigilancia y control del Estado. Las maras se nutren de jóvenes, en su mayoría varones, que proceden de familias desestructuradas o desarticuladas por la guerra, que abandonaron sus estudios antes de cumplir los 16 años y que huyen de su casa, sin ni siquiera completar el segundo ciclo en el sistema escolar. Siete de cada diez proceden de hogares con ingresos mensuales inferiores a los 250 dólares. Para estos chicos, sobre todo para los más jóvenes, las pandillas se convierten en un espacio alternativo de socialización y solidaridad en medio de un entorno adverso y hostil que con el tiempo se ha ido haciendo más violento, hasta alcanzar un perfil criminal.

Los jóvenes aspirantes acceden a la pandilla después de tener que soportar algunas pruebas duras como fuertes agresiones a modo de ritual de ingreso. Una vez dentro, los nuevos miembros aceptan toda una serie de rígidas normas y valores, y se ven obligados a desarrollar fuertes lazos de pertenencia, unión, lealtad y solidaridad con la nueva «familia», los cuales debilitan el vínculo con la propia familia y con la sociedad. El ingreso a la pandilla es en principio un proceso irreversible, porque los cabecillas no permiten el abandono, a menos que se haga a través de la inserción en alguna iglesia evangélica, como se verá más adelante.

Existen múltiples razones para solicitar el ingreso en una mara. Muchas giran en torno a la excitación, sobre todo de los más jóvenes, de pertenecer a una pandilla, por el entusiasmo de «vacilar» con sus compañeros y, sobre todo, desarrollar la autoestima y adquirir reconocimiento en la comunidad. También los hay que ingresan para protegerse

⁷ MARTÍNEZ D’AUBUISSON, Juan José, *Ver, oír y callar*. Un año con la mara Salvatrucha 13, Ed. Pepitas de calabaza, España 2017

de enemigos, para vengar la muerte de un amigo cercano o como una forma de obtener recursos económicos, drogas o mujeres. Algunos, los menos, afirman haberse integrado en la organización porque fueron forzados a hacerlo. Por lo que respecta a las mujeres, estas se suelen unir un poco más tarde, a los 18 años, muchas veces por huir de problemas familiares y en un 12,3 % de los casos porque les obligaron a entrar en a la pandilla⁸.

Una de las cargas más comunes de los jóvenes es la paternidad temprana. El 40 % se convierten en padres antes de terminar la escuela o antes de los 18 años, lo que a su vez reduce las posibilidades de encontrar un empleo estable. La necesidad de recursos para mantener a la familia se convierte en un problema urgente, lo que unido a la falta de oportunidades profesionales puede empujarlos a unirse a la pandilla para sacar adelante a sus familias.

Dentro de la pandilla, los miembros van ascendiendo por una escala organizacional a medida que van cometiendo homicidios y ganándose el respeto en la banda. Cuando los miembros son menores de edad son muy activos, pero ya entre los 26 y los 35 años, los mareros tienden a ver menos beneficios en la pertenencia a una mara. Por el contrario, los porcentajes de encuestados que quieren abandonar esa vida —lo que se denomina estar en proceso de «calmarse»—aumentan significativamente a medida que la persona crece, forma una familia propia y se enfrenta a las dificultades causadas por la violencia entre pandillas, la persecución de las fuerzas policiales y los años de cárcel.

La lógica de las maras y la importancia del «otro»

En la etapa de Los Ángeles, los miembros de la Mara Salvatrucha estuvieron unidos con los de Barrio-18, una antigua pandilla que les apadrinó y durante un tiempo funcionaron como estructuras hermanas, lo que permitió a las clicas⁹ de la MS13 «crecer y

⁸ CRUZ, Jose Miguel et al, “La nueva cara de las pandillas callejeras: El fenómeno de las pandillas en El Salvador”, Universidad Internacional de la Florida, EE. UU., 2017.

⁹ La célula más básica de una mara es la *clica* en el caso de la MS13 o tribu para Barrio 18. Las clicas son semiautónomas y no están necesariamente atadas a una estructura formal, lo que les otorga cierto nivel de independencia en sus actuaciones. Varias clicas pueden constituir lo que la MS13 llama un *programa* y Barrio 18 denomina *cancha*. Los programas responden a un consejo directivo denominado *ranfla* o *mesa*. Estos consejos están conformados por los miembros más experimentados y respetados de las pandillas, y la mayoría se encuentran encarcelados. En la parte superior de la jerarquía se encuentran los *palabrer*os, líderes de programas o de la ranfla nacional, que trabajan desde las prisiones o fuera de ellas y son

apoderarse de territorios importantes bajo la sombra de sus mentores. Así surgieron, entre otras, las clicas Normandie Locos Salvatrucha y la Hollywood Locos Salvatrucha, las cuales pusieron sus símbolos en las paredes de los barrios y, a fuerza de machete, balas y barbarie volvieron su nombre temido y respetado»¹⁰.

Pero la alianza de la MS13 con Barrio-18 se rompió, en 1988, a raíz de una pelea en una noche de fiesta pandillera en King Boulevard y desde ese día la guerra —«la causa» en el argot pandillero— entre «los chicos de las letras» y «los chicos de los números» se volvió incontenible, hasta llegar a un odio exacerbado que ha traspasado las fronteras de Mesoamérica y se ha convertido en alimento principal y razón de ser y actuar de estos grupos. «Para estos jóvenes el honor está en la barbarie, la valentía en el sacrificio y solo “la causa” hace que la vida merezca la pena»¹¹.

Los pandilleros se sumergen en una guerra feroz entre bandas rivales, en una interminable espiral de venganza y ajustes de cuentas, o en blanco de una fuerte represión por parte de la policía —la tercera pata de esta ecuación—, de la propia pandilla, o incluso de nuevas facciones, como ha ocurrido por ejemplo en Barrio-18, que desde hace ya un tiempo se encuentra dividida en dos agrupaciones rivales: Barrio-18 Revolucionarios y Barrio-18 Sureños.



Figura 1. «Ver, oír y callar». Fuente. Comisión Española Ayuda Refugiado (CEAR), <https://www.maraslaserie.com/>

responsables de coordinar todas las actividades delictivas, de las cuales la extorsión es una de las más importantes.

¹⁰ MARTÍNEZ D`AUBUISSON, op. cit, p. 19

¹¹ Ibidem, p 63-64.

Dentro de esta lógica de guerra, cada acción de la MS13 provoca una reacción en Barrio-18 y viceversa. Se trata de una especie de juego en el que se ponen en marcha acciones o retos de bravura que consisten en golpear al contrario y esperar la respuesta. Cada golpe trae consigo su revés, cada vez más fuerte. La guerra de pandillas es una lucha a muerte, un juego, macabro, pero un juego, que consiste en matarse mutuamente —una vez tú, una vez yo— y del que depende el estatus y la vida del pandillero. Como en el ajedrez, cada pieza movida implica una jugada en respuesta, si no todo pierde sentido¹². Dependiendo del número de homicidios que cometa un pandillero y de la barbarie que se aplique, así como de la importancia que hubiera tenido el contrario en el otro grupo, así será el grado de respeto que obtenga el pandillero dentro de su propia mara¹³.

El modus vivendi de los pandilleros

Las pandillas son grupos que elaboran sus propias normas y criterios de membresía y tienen una lógica territorial obsesiva. El marco territorial —normalmente un barrio marginal o una colina— es el lugar donde desarrollan sus actividades y creen que es de su propiedad. Los mareros luchan por mantener el control de su espacio físico y lo defienden a ultranza; incluso imponen restricciones de tránsito a sus habitantes, a menudo en función de la limitación territorial que tengan establecida con la pandilla contraria. Las maras se hacen con el apoyo local de miembros de las familias de pandilleros y de «halcones», una especie de espías que son sus ojos y sus oídos en los barrios y les proporcionan toda la información.

Las maras se han establecido en el territorio como un poder alternativo al Estado que exige «tributación». Desde allí, llevan a cabo el tráfico de drogas o narcomenudeo y la extorsión a pequeños negocios y a residentes de las zonas en las que tienen influencia. A estos les cobran la «renta» o «piso». La extorsión también se aplica a los transportistas, a los vendedores ambulantes, a quienes reciben remesas de familiares en el exterior o ingresos por un trabajo o cuando la mara percibe deslealtad en una persona. Las pandillas imponen a la población códigos tácitos de conducta y, si los habitantes del barrio no los cumplen, sufren violencia. Si la víctima no accede a la extorsión o se retrasa en el pago, entonces viene el secuestro de algún miembro de la

¹² Ibidem, p. 109.

¹³ Ibidem.

familia como mecanismo de presión, o la muerte. Negarse a colaborar también es muerte, así como cruzar accidentalmente el territorio de una pandilla¹⁴.

Los mareros imponen las reglas en las colonias. Las personas pueden ver y escuchar, pero jamás hablar o denunciar lo que pasa bajo el peligro de ser torturados o, en el peor de los casos, asesinados. De noche, para entrar a los barrios, los vehículos deben apagar las luces y, si no lo hacen, les pueden disparar. Si alguna persona quiere movilizarse entre comunidades, debe solicitar un permiso y pagar 5 dólares por ello. A todo el mundo se les pide el documento de identidad e incluso se les imponen normas en la vestimenta. Llevar por ejemplo en un barrio dominado por MS13 una camiseta con el número 18 o al contrario, puede ser causa de muerte.

Con el transcurso de los años, las maras han entrado en el negocio del tráfico y venta de drogas, actuando muchas veces como un aparato de seguridad local para los pequeños cárteles de la droga, y han adquirido patrones de comportamiento más violentos. De ese modo, al dinero obtenido de las extorsiones, con tarifas que van desde los 100 hasta los 5 000 dólares mensuales, se suman las ganancias de la venta de estupefacientes al por menor o el narcomenudeo, así como las derivadas de encargos de sicariato o del cobro a las prostitutas.

Con el tiempo, los cabecillas de las pandillas han hecho un capital. Así quedó evidenciado en la Operación Jaque, en junio de 2016, cuando fueron capturados 77 pandilleros de la MS13, incautados 25 autobuses, 54 vehículos y confiscadas más de 20 propiedades en manos de testaferros. También los pandilleros poseen negocios legales que han logrado construir para lavar el dinero de procedencia ilícita, réditos con los que han ido comprando moteles, bares, restaurantes y talleres, como señaló el que fuera hasta hace pocos meses director de la Policía Nacional Civil (PNC) salvadoreña, Howard Cotto.

Abandonar la pandilla

Como ya se ha expresado anteriormente, salirse de una pandilla es un proceso difícil. Sin permiso es muerte segura y conseguir la anuencia de los líderes conlleva una dura y larga negociación. Cuando un miembro está en proceso de «calmarse», deja de

¹⁴ VILLALOBOS, art. cit.

participar en la vida de la pandilla y en las actividades de la organización de una manera progresiva, pero siguen siendo considerados miembros. Esta es la manera aceptada de abandonar, pero la progresión hacia el desistimiento del grupo tiene que ser constantemente negociada con el poder de la pandilla¹⁵.

Muchos casos de abandono se producen bajo el camino de la conversión religiosa y de la integración a una iglesia Evangélica, experiencia que proporciona un espacio de protección que permite a los aspirantes desertores restablecer vínculos con la comunidad, construir sus familias y buscar oportunidades educativas y laborales sin el acoso de la pandilla. Sin embargo, este camino tampoco es sencillo, ya que los pandilleros dispuestos a dejar la pandilla son vigilados muy de cerca por la mara, que ejerce un control incesante para comprobar que el compromiso del expandillero con la fe religiosa que abraza y con los valores asociados a una vida piadosa son absolutos¹⁶.

Otros desafíos a la hora de abandonar una mara incluyen la carencia total de habilidades para trabajar en un puesto estable, la falta de oportunidades para la formación, la amenaza constante de antiguos rivales de pandillas, el hostigamiento de la policía y de las fuerzas de seguridad, y la discriminación social por sus actos pasados y su apariencia¹⁷, ya que uno de los rasgos más visibles de los mareros hasta ahora eran los tatuajes, casi imposibles de borrar, si bien esa tendencia ha cambiado y, en la actualidad, prefieren no llevarlos con el fin de pasar más desapercibidos.

Consecuencias de la violencia

Más allá de la pérdida de vidas humanas, la actuación delictiva que afecta a la región tiene consecuencias devastadoras para la legitimidad de las instituciones, las economías nacionales y la cohesión social. La violencia frena el desarrollo de sus sociedades, en tanto que reduce la esperanza de vida, destruye su capital productivo y pone en riesgo la estabilidad macroeconómica. Los estudios sobre el impacto socioeconómico de la

¹⁵ CRUZ, art. cit.

¹⁶ Ibidem.

¹⁷ Ibidem.

violencia son divergentes, pero todos coinciden en que la carga es muy elevada¹⁸ y detrae importantes recursos de los Estados, al tiempo que asfixia a los particulares.

En Honduras, por ejemplo, las pequeñas empresas generan entre el 60 % y el 70 % del empleo y se estima que pagan 200 millones de dólares anuales en extorsiones. Solo en Tegucigalpa se cerraron, en los años 2016 y 2017, 1 500 pequeñas tiendas que representaban el 30 % de estos negocios en la capital hondureña. En El Salvador, el 72 % de las pequeñas empresas es víctima de extorsiones, lo que reporta pérdidas diarias de 20 millones de dólares y centenares de trabajadores del sector del transporte público, uno de los sectores que ha sufrido más extorsiones, han sido asesinados. En Guatemala, las extorsiones han aumentado en un 72 % en los últimos cuatro años y las pequeñas empresas representan el 85 % del empleo¹⁹.



Figura 2. Número de solicitudes de asilo de los países del Triángulo del Norte de Centroamérica al resto del mundo. Fuente. ACNUR, Mapa del Triángulo Norte de Centroamérica (Guatemala, Honduras El Salvador).

¹⁸ ALVARADO, Nathalie et al. «Crimen y violencia, un obstáculo para el desarrollo de las ciudades de América Latina y el Caribe, Banco Interamericano de Desarrollo (BID), noviembre 2018, disponible en: <https://publications.iadb.org/publications/spanish/document/Crimen-y-violencia-Un-obstaculo-para-el-desarrollo-de-las-ciudades-de-America-Latina-y-el-Caribe.pdf>

¹⁹ VILLALOBOS, art. cit.

Las respuestas de los distintos Gobiernos

Entre 2003 y 2019, los Gobiernos centroamericanos han puesto en marcha diversas estrategias para luchar contra la actuación de las pandillas, desde el desarrollo de los planes de «mano dura» y encarcelamientos masivos —los planes «mano dura» y «mano superdura» de 2003-2004 en El Salvador, o el plan Escoba en Guatemala— que fueron calificadas de fracaso por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), a la apertura en El Salvador de un diálogo del Gobierno con las maras, lo que se denominó «la tregua», la cual estuvo vigente de 2012 a 2014.

Con el «manodurismo», el número de encarcelamientos creció, pero los homicidios se incrementaron, pasando de 2 172 en 2003 a 3 825 en 2005, lo que indica que no se lograron los objetivos perseguidos. Por lo que se refiere al diálogo salvadoreño, la iniciativa fracasó por varios motivos. Los pandilleros no interpretaron la tregua como una estrategia sofisticada para reducir las muertes, sino como una debilidad del Estado; esto provocó, no solo que no se amedrentaran, sino que se crecieran al comprobar el poder que tenían e incrementaran su capacidad de intimidación a la hora de consolidar el control territorial²⁰. Además, la tregua les proporcionó a las dos grandes maras un tiempo extra de paz que utilizaron para reorganizarse internamente.

Finalizada la tregua, los homicidios crecieron de forma desmesurada. El año 2015 cerró con 6 657 homicidios, lo que supone una tasa de 103 asesinatos por cada 100 000 habitantes, en parte como respuesta a la drástica persecución que el Gobierno del presidente Sánchez Cerén (2014-2019), exguerrillero del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), inició a su llegada al poder contra estos grupos. Un triste récord que convirtió a este país —sin guerra— en el más violento del mundo, según fuentes de UNODC.

Sánchez Cerén les declaró nuevamente la guerra a las pandillas; puso en marcha el Plan Salvador Seguro y una serie de «medidas extraordinarias» para perseguir a las pandillas y ordenó el retorno al penal de máxima seguridad de Zacatecoluca de los líderes pandilleros que habían sido trasladados a cárceles con menor nivel de seguridad durante

²⁰ FARAH, Douglas, “Pandillas de Centroamérica, más peligrosas que nunca”, *Insight Crime*, 28 enero 2016. Disponible en: <http://es.insightcrime.org/analisis/pandillas-centroamerica-mas-peligrosas-nunca>

la tregua²¹. El plan comprendía la creación de un batallón de élite antipandillas dentro de la policía; y tres batallones de reacción inmediata en el ejército de apoyo a la PNC.

Según cifras UNODC, en 2017, solo había cuatro países del mundo con tasas de homicidios superiores a 40 por cada 100 000 habitantes, todos en América: El Salvador (62,1), Venezuela (57), Jamaica (57) y Honduras (41,7). En 2019, sin embargo, la situación ha mejorado en El Salvador, reduciéndose esa tasa a 30 aproximadamente y, en cambio, ha sido México el que se ha colocado a la cabeza, tras el auge que ha experimentado en los últimos dos años llegando, según informaciones recientes, a una tasa de homicidios de 85,4 por cada 100 000 habitantes.

La nueva Administración salvadoreña de Nayib Bukele, que tomó posesión en junio de 2019, puso en marcha un nuevo plan —el Plan de Control Territorial— destinado a recuperar los territorios controlados por las pandillas y cortar sus fuentes de financiación. De momento, el nuevo plan se ha materializado en mayor presencia de las fuerzas de seguridad y militares, así como traslados de presos, con el fin de cortar las comunicaciones de los penales hacia el exterior e impedir que sigan liderando las actividades criminales desde las cárceles, así como desmantelar la organización que con el tiempo han ido tejiendo los pandilleros en el interior de las cárceles.

Consideraciones finales

Ante la situación que viven los países del Triángulo Norte, no es extraño que sus habitantes se vean en la necesidad de abandonarlos y buscar refugio en otros lugares. Según una encuesta de la Universidad Centroamericana de El Salvador, el 63,8 % de los salvadoreños desearía irse del país, y una encuesta de la Red Jesuita también de 2019 en Honduras dice lo mismo del 42 % de los hondureños²².

²¹ AGUILAR, Jeannette, “Las políticas de seguridad pública en El Salvador”, 203-2018, Ed. BÖLL, El Salvador, enero 2019, p. 57. Disponible en: https://sv.boell.org/sites/default/files/las_politicas_de_seguridad_publica_en_el_salvador_2003-2018.pdf

²² AGUILAR, art. cit

Aunque la mayor parte de los migrantes lo hace en primer lugar por motivos económicos y/o de falta de empleo, el crimen y la violencia se identifican como la segunda causa migratoria en el 41 % de los casos, particularmente en El Salvador (48 %) y Honduras (43 %) y menos en Guatemala, donde priman las razones económicas, por lo que los Gobiernos tendrán que adoptar medidas para proteger a la población.

El presidente Bukele, por ejemplo, ha solicitado en los últimos meses al Congreso 91 millones de dólares para proyectos sociales que ejecutará la dirección de la Unidad de Reconstrucción de Tejido Social en comunidades con presencia de pandillas. Asimismo, en El Salvador se ha aprobado recientemente una ley de ayuda a las personas internamente desplazadas como consecuencia de la violencia, un texto que se ha redactado con el apoyo técnico de ACNUR y establece mecanismos para que los afectados reclamen propiedades que tuvieron que abandonar en su huida²³. En Honduras, donde se estima que 247 000 personas han sido desplazadas por la violencia dentro de su propio país, el Legislativo está considerando la aprobación de una legislación similar²⁴.

Finalmente, y puesto que está visto que hay pandilleros que quisieran dejar las maras, pero no ven otro futuro posible, sería conveniente apoyar proyectos para la reinserción como el que ha llevado a cabo la empresa *League Collegiate*. Esta compañía no solo no discrimina a los empleados por sus tatuajes o su historial criminal y les proporciona empleo, sino que les ofrece oportunidades educativas y ayuda con los problemas que les pudieran surgir.

*María Luisa Pastor Gómez**
Analista del IEEE

²³ DIAZ, Diana “Una nueva ley ayudará a los desplazados internos de El Salvador”. *New UN*. Disponible en: <https://news.un.org/es/story/2020/01/1467771>

²⁴ Ibidem.